

El director renuente: Observaciones de una vida perdida en la administración de un departamento universitario.

7 de marzo de 2004

(Este texto presenta las respuesta a una serie de preguntas omitidas intencionalmente)

Es una experiencia indescribible.

No fue mi intención ser director del departamento. Al principio era más un chiste que una realidad. El día que sometieron mi nombre a la rueda yo me quedé callado en lo que salíamos de la reunión. Afuera les comenté a los más allegados que realmente no quería ser director y que pensaba que era un error. Desde entonces pensé que nunca me iban a seleccionar así que aproveché el tiempo para reírme de todo.

No se puede decir que acepté ser director. Nunca realmente hice una campaña a mi favor, aunque sé que algunos así lo hicieron. También me consta que otros hicieron una campaña contra mi persona. Es bastante ridículo cuando uno lo piensa. Sobre todo por que yo mismo hacía campaña contra mí.

Era mi esperanza que con todo no me nombraran. Cumplí con lo requerido, pero no le di más énfasis. La gente se iba dando cuenta por que otros les decía. Pero yo me lo reservaba y me gozaba la locura de esos meses.

Cuando fui a la consulta fui por cumplir. Y dije claramente que estaba dispuesto pero que no era necesariamente el mejor candidato. Lo mismo se lo dije al rector el día que me citaron para hablar sobre el puesto.

Eran las 3 de la tarde del miércoles 10 de septiembre de 2003, y me citó el decano pero fue en la oficina del rector. Claro el rector es quien hace el nombramiento así que decidieron matar dos pájaros de un tiro. No los culpo. Necesitaban tomar una decisión y ya llevábamos un mes de clase.

Cuando me nombraron pensé que era un chiste. Malo de seguro. Me reuní con el decano académico y el rector y me dijeron que mañana iba a ser nombrado. Yo me quedé estupefacto, ya que realmente no pensaba que lo hacían. Volví a la oficina en estado de shock. Creo que avisé a algunos y me fui a casa. El día siguiente me levanté cansado. Realmente no dormí esa noche preocupado por todo.

Por una parte no lo creía. Pensaba que era una pesadilla. Por otra estaba la realidad de lo que significaba ser director, sobretodo dado la situación del departamento.

Sí. El 11 de septiembre de 2003. Día nefasto para la historia. Y para el departamento. Lo cómico es que nadie se había dado cuenta, excepto yo, claro, que siempre estoy pendiente a todas estas casualidades.

En fin, cuando llegué a la oficina yo esperaba que me dijeran que era un chiste. Pero no. Allí estaba la decana asociada esperándome con las secretarias para darme la bienvenida al puesto. Creo que esos primeros días fueron más de estupor que de realidad. Tardé días en resolver la realidad del puesto.

Bueno, no me estacioné en el estacionamiento provisto para la dirección hasta el lunes siguiente. Era como que no era correcto estacionarme allí. Eso sí, lo primero que hice fue redistribuir la oficina a mi gusto. Quitó lo que no me gustaba y coloqué todo a mi parecer. Mandé a pintar todas las oficinas y comencé a facilitar el espacio de las secretarias para que ellas se sintieran más a gusto. Pero sólo hay tanto que se puede hacer. Aunque originalmente decoré mi oficina la desdecoré por razones personales. No puedo decir que me siento a gusto en la oficina. No he podido hacerla parte de mí ser.

El problema es que uno es lo que no quiere ser. Pero esa es la realidad. Uno no puede evitar ser lo que no es, por que uno es siendo lo que no es.

Como dije, yo nunca quise ser director del departamento. No que no puedo hacer el trabajo. No. Exactamente lo contrario. Es porque puedo hacer el trabajo que pensé, y sigo pensando, que no soy el más adecuado para ser director. No porque no lo sea, sino que no se puede ser “adecuado” en un mundo de “inadecuados”. Como dicen: “En mundo de ciegos el tuerto es rey.” Y yo presido sobre muchos que se creen tuertos.

No todos quieren un director, lo que quieren es ser directores sin serlo. Y cuando llega el momento, que el director en turno lo resuelva. Por lo demás todos hacen lo que les da sin importarles lo que implica ser parte de un todo.

Es que no hay un departamento, hay siete departamentos en uno. Y no todos quieren o necesitan lo mismo. Pero tampoco entienden, o les importa, el que todos necesitamos cosas diferentes y que aun así somos parte de un solo departamento.

A siete meses de ser nombrado me arrepiento de no ser más ambicioso. No es un puesto para los honestos. Hay que aprovechar el puesto para establecer su nicho para que, cuando uno deje la dirección, uno ya tenga su nido construido y no tenga que depender de las migajas que profieren otros con desdén.

Tan pronto me nombraron traté de renunciar. Le informe tanto al decano como al rector que tal vez deberían escoger a otra persona. Que yo no tenía ningún problema con no ser nombrado. Pero no resultó. De hecho sigo buscando cómo renunciar a la dirección.

Es que yo no soy una persona muy social. No, no me atrae el estar reunido con muchas personas. Es cuando me reúno con grupos pequeños y tiene que ser con personas afines a mis intereses. No me interesa convencer a nadie de nada. O están conmigo, o no. Y si no están conmigo, no me interesa perder mi tiempo y sigo caminando.

Nunca negué ser testaduro y algo fuerte de carácter. Aunque a veces prefiero describirme mejor como “apasionado.” Yo estoy acostumbrado a ambientes difíciles. Mis profesores no eran necesariamente “diplomáticos” y eran muy efectivos.

Creo que es que todos lo toman personal. No todos entienden que es mi personalidad ser fuerte.

Los que me conocen no me hacen caso. Saben que digo la verdad aunque a veces un poco más fuerte de lo que les gustaría. Pero en la mayoría me lo aceptan, y después me “regañan.” Creo que he podido aguantar mi temperamento más de lo que yo pensaba, y sé que muchos están sorprendidos y felices del esfuerzo que tomo por ser más gentil. Pero no niego que de ves en cuando yo me “emociono”, y eso es una realidad que tendré que velar por. Los demás tendrán que aceptarlo o no podrán interactuar conmigo.

El departamento ha pasado unos tiempos difíciles. No puedo decir si las cosas mejoran o empeoran. Sí se que el departamento funciona, por ahora. Hay problemas debido a ciertas actitudes que se han dado que crea un sentido de indiferencia y que perjudica la estabilidad del departamento. Espero poder resolver este periodo difícil y ayudar al departamento tomar un nuevo camino hacia el futuro.

No. El problema es que todos se creen justificados en su miseria. Es increíble el nivel de egoísmo que existe en el colegio. Nadie realmente trabaja por el bien de la universidad, trabajan para su propio beneficio.

Es más cosa de retomar las riendas y crear un espacio donde se pueda trabajar en armonía. No pido que se amen. Pero sí que se respeten. Y si no toman responsabilidad de sus actos, conseguir el respeto de los demás es difícil.

Respeto a muy pocos.

Realmente no les hago caso.

No. No espero que todos me respeten. Sus ideologías no les permite ver más allá de sus propios intereses.

Aunque parezcan hablar del todo, realmente hablan del uno, o sea de ellos mismos. Y eso es detrimental para el buen funcionamiento del departamento.

Me he dado cuenta que es un mundo de Panglosses. Es increíble con qué “optimismo” ven el mundo. Lo peor de todo es que se lo creen. Se creen sus fantasías. Claro, cuando algo sale mal nadie entiende. Yo he pecado de entender de más. No solamente veo sino que pre-veo el potencial, tanto para bien o mal, de algo. No que quiera ser Tiresias, pero cumplo con la función de prevenir las consecuencias de algo.

En la mayoría de los casos ocurre como yo temía. Por suerte todos sufren de corta memoria y nadie se da cuenta de que lo había previsto, por lo cual, tan pronto ocurre, yo actúo sorprendido y me escondo en el marullo del momento.

Empiezo a tratar de diseminar ideas de cómo se puede solucionar desde antes de que ocurra, y, eventualmente, a alguien se le ocurre una solución de la nada, que, por casualidad, era lo que yo proponía desde un principio.

¿Ser reconocido? No. Porque no podría actuar. Yo soy el que hace porque a nadie le queda remedio. Casi nada me llega de un principio, excepto como un rumor. O por lo menos antes me llegaba. Ahora soy el último en saber algo. Pero cuando me llega es que ya llegaron al fondo del barril y se dieron cuenta que el barril no tenía fondo. Y es ahí que me encuentro yo, como el último recurso antes de poner a dormir al caballo.

Es un repelente social ser director. Antes yo tenía más información de la que sabía que hacer. Ahora tengo suerte si alguien me dice algo.

No. No me considero un mesías, y eso de convencer a otros a que le sigan a uno es cosa de mesías.

Un día normal para mí es llegar a las 7 de la mañana y salir cuando me dejen, lo cual puede ser tan tarde como las 6 o 7 de la noche. Y normalmente no me da tiempo para ir a almorzar. De hecho, no pasa un día en que tanto las secretarias como algunos colegas, muy pocos en fin, me regañan por no ir a almorzar.

En serio, uno entra y todo es un torbellino de problemas. Si no es un documento es alguien que quiere algo. Cuando trato de ir a almorzar, al baño u otro asunto alguien o algo siempre se aparece. Lo más agobiante son los documentos y las reuniones. El número de documentos que llegan y hay que leer, escribir, llenar y/o firmar es ridículo. Hay días que no paro de firmar papeles. No siempre tengo claro qué estoy firmando, pero qué remedio. Las reuniones son otra patada. Yo siempre he odiado las reuniones, y ahora tengo que convocarlas y dirigir las. Mi teoría es que mientras más rápido mejor, así que tiendo a volar con los asuntos y despachar lo rutinario para salir lo más rápido posible. De hecho todavía tiendo a mantener mi tradición de hacer la moción de cierre y secundarla, porque, por alguna razón, todos se quedan callados esperando que alguien lo haga. Pero están esas reuniones que salen de la nada que son un fastidio porque te toman el tiempo y la mayoría de las veces no resuelven nada. Y si no, están todas las reuniones de los grandes, entre directores, facultad o lo que sea, que ahí sí que hay que temerles. A veces no tengo idea de qué fue la reunión. Y a veces, cuando me doy cuenta, hubiese preferido quedarme sin idea.

Lo difícil es poner a todos a trabajar. Es impresionante la falta de iniciativa que muchos presentan en el departamento. Si no le pueden sacar provecho no se apuntan ni se ofrecen. Lo otro es poner orden en el departamento, lo que significa velar los intereses del departamento ante los intereses personales. Algunos confunden sus “proyectos” con los deberes del departamento y no entienden que aunque uno no implique contradicción con lo otro, la verdad es que esos “proyectos” no cumplen con los deberes del departamento. En si me veo obligado a estar “regañando” porque es mi labor recordarles que tienen unos deberes con el departamento.

Mi abuela, que en paz descansa, solía decirme que quien se pica por algo es. Y aquí muchos se pican.... También recuerdo que me decía que si te pica, ráscale. Pero aquí muy pocos se rasan.

Lo más difícil es el proceso de evaluación. Lo odiaba cuando me evaluaban, y lo odio ahora que me toca ser el evaluador. Es increíble lo incomprendible que es el sistema para evaluar a las personas. Las preguntas que uno tiene que evaluar son inadecuadas e impropias a la profesión del profesor. Cuando a mí me evaluaban en otras instituciones no era tan difícil. Te visitaban, te decían que pensaban y ya. Aquí parece que es el fin del mundo y los cuatro jinetes del apocalipsis vienen cabalgando a exigir tus pecados. La estructura es muy rígida y no hay una verdadera forma de ser evaluado por pares. Uno es evaluado por nones... non est... y te evalúan

por usar la pizarra o no. Es más difícil aun ser evaluador. Hay toda una gama de asuntos que hay que determinar que uno no sabe para qué y después hay que decirles a los profesores evaluados si fueron suficientes o no profesores según los números. Es peor que hacer las planillas. Todo son números y fórmulas que de alguna forma u otra determina el futuro de todos.

No. No creo que sea el proceso más ético y profesional. Es suficientemente difícil ser justo para estar amarrado a necesidades.

Lo bueno del puesto es lo mucho que puedo ayudar a los estudiantes y a los empleados a realizar sus intereses. Es lo más que me gusta, poder hacer que todos se sientan realizados. Lo que más placer me ha dado es poder hacer algo de justicia con las secretarias del departamento. Ellas son para mí donde más justicia se tiene que hacer. Si no es por ellas yo estaría completamente perdido, sin hablar del departamento. No que no lo estoy, ese tiende a ser mi estado natural. Pero no se puede estar completamente perdido en un puesto como este. Y las secretarias son mi salvación. Cuando no están es que lo noto, porque me siento completamente abandonado y sin recurso para trabajar.

Es que lo que no sepan ellas no lo sabe casi nadie. Y la dirección de un departamento exige estar atento a tantas cosas que es un milagro que uno puede salir de allí sin volverse locos.

En verdad, sí. Le debo mi habilidad de poder cumplir con mis labores a ellas. Ellas son el departamento, yo solamente firmo.

Lo peor es que no me da tiempo para los proyectos personales. Básicamente he tenido que poner casi todo en el tintero para un futuro desconocido. Es difícil ser director y profesor a la misma vez. Añadir investigación o proyectos es casi imposible. Aun así me doy la vuelta y ofrezco lo poco que puedo a los que les interesa. Pero no puedo decir que estoy en demanda y menos que tengo tanto tiempo para ofrecer. Mi función es principalmente esperar en la oficina a que vengan a quejarse o a pedir algo. Y mira que se quejan y piden.

El problema es que no tengo disponible tantos recursos para distribuir. Por alguna razón todos creen que tengo escondido recursos, cuando en realidad me paso mendigando lo poco que logro conseguir.

Realmente no toman consideración sobre las necesidades de los demás. Piensan que es todo para ellos. Algunos inclusive creen que tienen derecho a exigir que les quite clases a otros sólo para que ellos puedan ganar más dinero. En verdad que si me importaran sentiría pena por ellos.

Porque son unos infelices que necesitan sentirse importantes haciendo miserables a los demás. Y a falta de poder, dinero. Para ellos el dinero es todo.

Que se rasquen.

No siempre es caótico. En diciembre el tiempo se puso lento las cosas y uno busca en qué dedicarle el tiempo. No que no tenga que hacer, pero la oficina se pone lenta y morosa ya que todos empiezan a desaparecer y queda uno sólo. Me imagino que el verano será peor. Son dos meses de poca actividad y que la mayoría de los profesores y estudiantes están fuera del recinto. Hay mucho que hacer, pero es administrativo, y yo no veo la emoción de tanto informe y papel. No envidio a los no-docentes que tienen que estar allí en esos momentos tan solitarios. Claro el ambiente de un profesor es algo diferente al del no-docente y a lo mejor ellos prefieren esos momentos por que no tienen que lidiar con las tonterías de los docentes. Pero para mí es una tortura porque yo tengo todo en mi oficina en casa y estar en el recinto me limita en mi tiempo para ponerme al día.

No se puede hacer mucho porque el recinto no tiene la mayoría de las cosas que yo necesito para trabajar. Mi experiencia en el colegio es que si necesito algo tengo que comprarlo por mi cuenta. No soy uno de los escogidos. Por lo cual a mí nunca me compran nada ni me pagan nada. Es mejor así, porque no les debo nada. Todo lo que hago es por mi propio esfuerzo e iniciativa. No le debo nada al recinto y no me pueden exigir nada. Es la única forma que mantengo mi integridad en el ambiente académico.

A veces es perjudicial estar identificado con este recinto. Lo tildan a uno de refugiado. Y no los culpo. En lo que llevo aquí he visto que no están muy lejos de la verdad.

Antes me lo imaginaba. Pero ahora tengo constancia de que no es lo mejor posible. Y si esto es lo mejor posible... ¡UY! En serio, es deprimente lo que veo.

No es lo que la gente se cree. La calidad docencial ha disminuido. Pero no son los viejos. Son los nuevos los que no tienen respeto por la academia. Esto me lo han comentado personas no afiliadas a la universidad. La comunidad no está feliz con lo que ven.

Creen que puedo hacer algo al respecto.

Realmente no. Porque ser director no significa mucho. Uno no tiene realmente tanto poder. Uno sirve más de sub-gerente, porque ni se es gerente de la división. Pero se trata, y con eso me conformo. Con poder decir que hice lo mejor posible, dado las circunstancias.

Sí, hay problemas.

Son serios.

Intelectualmente titubean demasiado. No saben lo que realmente hacen. Tienen ínfulas de novedosos y no hacen más que revolver el polvo de las tumbas del pasado. Pero hay que perdonarlos porque no saben lo que hacen.

No hacen. Ese es el problema. Tocaban sus propias cornetas y a uno no le queda más remedio que reírse.

Porque si uno no se ríe, llora.

El futuro que nos traen no es mi futuro. Mi futuro no es tan fantasioso. Esperan milagros y olvidan que uno tiene que poner de su parte. Eso me recuerda lo que siempre dicen: Que estos son puestos de servicio. Pero de la forma que veo todos entienden que es para servirse con la cuchara grande. No les interesa poner de su parte sino llevarse una parte.

En verdad ya no les creo nada. Y eso es lo que me mantiene cuerdo.

Todos predicán en paños menores. No hay constancia en los actos ni en las decisiones. Un momento te dicen una cosa y de repente es otra. Y nadie tiene la culpa. Eso es lo peor de todo. Todos son los mejores profesores posibles en la mejor universidad posible, y yo renuncié a El Dorado. Definitivamente, a menos que uno le saque algún tipo de provecho personal, no vale la pena ser director de un departamento.

Es un trabajo ingrato. Uno está constantemente rodeado de hipócritas y mentirosos que esperan su momento para darte una puñalada traperá. Es un mundo de ínfulas y de ambiciosos que utilizan a todos para trepar sin preocuparse a quién le hacen daño. Es un mundo de depravados y viejos/viejas verdes, de fanfarrones y de napoleones, de ineptos y mediocres, en fin es un mundo adecuado para lo que nos depara. Y hablo de los que dicen ser mis amigos.

¿Amigos? Sí, tengo algunos, pero esos no tienen que decírmelo.

¿Un consejo? ¿Aparte de salir corriendo gritando como demente? ... Ser uno mismo, porque eso nunca te lo podrán quitar. Por lo demás nada es tan importante que no pueda esperar. Porque uno se mata para que ellos felizmente lo archiven. Y eso es detrimental a la salud de uno. Y si no les gusta, pues que se busquen a otro, porque hay demasiadas cosas en la vida que merecen el tiempo de uno y la vida es muy corta para uno desperdiciarla en las tonterías del sistema universitario.

Pa pendejo, otro.